

HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES, CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL, EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador núm. 24 y 26.

1876.

Cuaderno 18.

L47
1871

DE LAS PERSERECUCIONES

SUTRIDAS POR LA IGLESIA CATOLICA

DESPUES DE SU FUNDACION EN LA TIERRA CASTELLANA

CONTIENE UN EXAMEN HISTORICO DE LAS CAUSAS DE CADA UNO DE LOS CASOS...
PRESENTADO DE LAS PRINCIPALES REACCIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN SIDO
Y SON: LA DISCORDIA DE LOS REYES Y PONTIFICADOS Y DE LOS MAS ILUSTRES ESCOLAROS Y ARTISTAS,
CON INTERVENCIONES HESCHIVAS DE LOS LEYERES EN QUE SE DIBUJAN
LOS RECIOS GONETES VAN ORDENADO EN UNO CUENTA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CASTELLANO
EN EL SIGLO PASADO HASTA EL PRESENTE
EN EL SIGLO ACTUAL

OBRA ESCOLAR POR

D. Eduardo María Villarosa y D. José Huelmo Gual
Los derechos de esta obra han sido cedidos a la Editorial de la Universidad de Barcelona

DE IMPRESION

CON MAGNETICAS LAMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO
PREVIA CENSURA DIOCESANA

TONO PRIMERO



BARCELONA:

IMPRENTA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIBAS

(Año 1878)

cito, se comió literalmente novecientos millones de sextercios.» Mandó reedificar las estatuas



FUGA DE NERON.

de Neron, rehabilitar sus histriones, sus cantatrices, sus juglares; hacíase cantar las inso-

lentes canciones que formaban las delicias de la corte neroniana. Vitelio no se ocupaba del gobierno.

Roma no volvía en sí de su brusca sorpresa. Todas sus tradiciones, sus costumbres, sus usos cesaron repentinamente. Los vencedores no se acordaban de los antepasados ni de los dioses. Las leyes desdeñadas, el culto menospreciado, las letras satirizadas, el comercio suspendido, la aristocracia burlada, el título de ciudadanía postergado al de legionario, las grandes personificaciones del Foro y de la Tribuna sustituidas por los nombres de Valens y Cecina, que disponían de todo, como si fueran ellos todo el cesarismo, todo el Senado y toda la plebe.

La indisciplina reinaba en el ejército. Los osados se apropiaban los grados más excelsos de la milicia; la soldadesca obraba como á única propietaria de la gran capital.

En medio de aquella anarquía llega á Roma la noticia de que las legiones de Siria habían proclamado emperador á Vespasiano. Vitelio ordena la formación de un grande ejército, que envía, mandado por Cecina, al encuentro de los revoltosos. Mas los restos del ejército othoniano, todavía dispersos en los campos de Bedriac, se concentran á la voz de un tal Antonius, ciudadano detestable, general excelente. Este arengó sus tropas diciéndoles: «En las guerras civiles la celeridad es la victoria. ¿No lavaríais la vergüenza de vuestra antigua vanguardia? Las legiones de Siria eligieron el Emperador; las de la Iliria lo conducirán á Roma.»

Pronto Cecina y Antonius se encontraron en el mismo campo donde se habían batido con Othon y Vitelio. El combate fue encarnizado, cruel. Combatióse dos días y una noche. Llegó repetidas veces el caso que vitelianos y vespasianistas combatían de lado envueltos en las tinieblas; cuando un rayo de luna les advertía el engaño, ofrecíanse mutuamente pan y vino. Dos guerreros suspendieron sus hostilidades para dedicar «una libación fúnebre á los dioses Vitelio y Vespasiano, que les invitaban á aquel banquete de la muerte.»

En fin, la victoria se pronunció por Antonius. El ejército de Vitelio emprendió la retirada, yendo á abrigarse tras los muros de Cremona. Allí fueron á perseguirle los victoriosos. Un asalto en regla fue emprendido. Rechazados primero, reanimados después, los de Vespasiano consiguieron domar el valor de los de Vitelio, que, creyendo salvado el honor militar, se confesaron vencidos.

Las legiones de Antonius penetraron en Cremona, saquearon aquella populosa ciudad, y una vez posesionados de sus riquezas la incendiaron, dejando envueltos en las llamas á sus inocentes ciudadanos.

XXXII.

La venganza divina sobre Jerusalem y Roma.

Hemos llegado al punto de ocuparnos de dos de los más significativos hechos de la historia del género humano. El dedo de la Providencia osténtase de tan visible manera, que por poca vista que conserve el hombre, aunque iluso, véase precisado á reconocer en ellos lo extraordinario, lo portentoso, lo sobrenatural. No es ajeno al programa que nos propusimos la reseña del incendio del Capitolio por Vitelio y de la ruina de Jerusalem por los romanos. Jerusalem será siempre la inmediata responsable de la efusión de la sangre del Redentor; la responsabilidad de la sangre de Pedro y Pablo manchará por todos los siglos el nombre del Capitolio.

Vitelio intentó ocultar á los romanos la derrota de su causa; mas los precedentes del campo de los desastres descorrieron el velo del disimulo. Las legiones vespasianas avanzaban á pesar del invierno, y no había fuerza suficiente que oponerles. En tamaño apuro Vitelio conferencia con Sabinus, prefecto de Roma, hermano de Vespasiano, conviniendo en la abdicación de aquel mediante honroso retiro. A la mañana siguiente, el Emperador, vestido de luto, se dirigía al

Foro y al templo de la Concordia á deponer las insignias imperiales. Mas la soldadesca se alborota y fuerza á Vitelio á retroceder. Sabinus y su séquito se ven asaltados y no tienen otro recurso que encerrarse en el Capitolio.

En aquel momento las plazas y calles de Roma se trasformaron en sangriento campo de batalla. El Capitolio era el objetivo principal del ataque. Los vitelianos¹, ajenos á los sentimientos religiosos de los romanos, para quienes el Capitolio era el resúmen de todas sus glorias, no vacilan en pegar fuego á la puerta que daba al Foro; por su parte los defensores de Sabinus arrojaron los muebles del templo, las efigies de los dioses y las aras de los altares sobre los asaltantes. Hubo momentánea retirada, presagio de un nuevo asalto. Las casas escalonadas por la roca Tarpeya sirvieron de barricadas á los invasores, que llegaron parapetados al nivel del pavimento. Las llamas envolvieron luego el Capitolio, abrasando en seguida el templo de Júpiter. Sabinus estuvo irremisiblemente perdido. Las legiones victoriosas invadieron el santuario consagrado á la Fortuna romana, donde Sabinus encontró el cruel asesinato. «¡Crímen el mas deplorable y vergonzoso, dice Tácito, entre los que afligieron la república! Cuando Roma estaba en paz con los extranjeros y con los dioses, hasta el punto que lo permitian las costumbres, el Capitolio, elevado por la fortuna de su imperio, respetado por Por-senna y por los galos, fue destruido por el furor de sus principes (1).»

«El Capitolio, que habia resistido Brennus; el Capitolio, símbolo, palladium del poderío romano, era un monton de cenizas (2).»

No tardaron los soldados de Vespasiano á acampar sobre los laureles efímeros de los legionarios de Vitelio. Antonius penetró en Roma por las vias Salariana y Flaminia y por el cauce del Tiber. En vano el filósofo Musonius intentó disminuir la impetuosidad del torrente invasor; inútilmente las vestales se opusieron á las iras del vengador de Sabinus. La victoria voló de monte á monte, hasta posesionarse del alcázar del César vencido. Vitelius, histrion, saltimbanquis, golosin, que consumió dos mil exquisitos pescados y siete mil aves en un banquete, el cortesano platónico de Messalina, palafrenero de Calígula, fue sorprendido acurrucado en un extremo de palacio, sin aliento para morir en digna pelea. Arrastrado por las calles de Roma, viendo suspendida sobre su cuello la espada de un gladiador, presencié el derribo de sus propias estatuas, hasta que, llegado á las riberas del Tiber, arrojósele á su fondo, atada al cuerpo pesante piedra.

La demagogía militar escribió aquel dia su página mas elocuente.

En fin, ¡ya no hubo Capitolio!

¡Quién es capaz de comprender y menos de describir los sentimientos que ocuparían el corazon de los cristianos al saber que el fuego habia devorado los altares y las estatuas de los dioses enemigos de CRISTO! ¡Cuántas y cuán inspiradas cosas diría Lino á la cristiandad fervorosa durante la crisis suprema que atravesaba el paganismo en disolucion! No, no era terrible que se atribuyera aquel incendio á los cristianos; á la luz del dia se vió quién eran los incendiarios. Mas los incendiarios del Capitolio no fueron los legionarios de Vitelio; quienes impulsaban sus manos, quienes les abrian paso entre los múltiples obstáculos para obtener la consumacion de la ruina expiatoria, eran legiones de ángeles enviados por CRISTO para que su nombre fuese en su tiempo glorificado.

Al mismo tiempo que sobrevenia para Roma la pavorosa expiacion, expiaba sus graves pecados otra ciudad; la que compartía con Roma en aquellos dias la gloria de la celebridad, ¡Jerusalén!

Los profetas habian advertido á la ciudad predilecta de Jehová el término de las divinas misericordias; Jeremías describió con siglos de anticipacion sus ruinas; lamentaciones inspiradas por el Espíritu de Dios entristecieron el corazon de la parte fiel de Judá en los dias de la prosperidad; midieron la negrura de la ingratitud constante por la estension de las gracias que iba

(1) Tácito, *Hist.*, III.

(2) Champagny.

heredando la ciudad de David. El Señor quiso ser el familiar de la hija de Sion; cuantos observaban el desvío de la hija respecto al padre que la distinguía, exaltaba y embellecía temieron por ella. Ensoberbecida ante el cúmulo de sus distinciones, fue rebelde como Eva. Sí, Jerusalén fue la Eva de las ciudades. Constituyóla el Señor para ser el tipo, el modelo de los pueblos; hizo directamente su magistrado, su sacerdote, el guía de sus reyes, el arquitecto de su templo, el general de sus ejércitos, el inspirador de sus cantos, el pacificador de sus discordias. En ella fijó su silla para adoctrinar á los demás pueblos. Quiso que su cielo se llamara Jerusalén, precisamente porque Jerusalén era el cielo que se había constituido en la tierra. Sin embargo, Jerusalén no correspondió á la infinita confianza que le dispensó Dios. Prevaricó, adulteró, idolatró; rechazó los emisarios sagrados, los profetas que hablaban en nombre de Dios, los santos que le glorificaban. Y colmó la medida de sus maldades derramando la sangre del Justo, que sabiendo su infidelidad había llorado sobre ella y le había dicho: «¡Oh, si supieras lo que te conviene para la paz! yo he querido congregar tus hijos como la gallina reúne á la sombra de sus alas los polluelos y no quisiste?» Y lejos de arrepentirse manchó sus manos y su frente con la sangre de Estéban y de los Santiagos y de otros varones fieles.

Tristes presagios anunciaban la proximidad de la venganza suprema. Entre las tradiciones talmúdicas se encuentra, de acuerdo con el Evangelio, la ruptura del velo del santuario. La puerta de Nicanor, situada frente á frente del altar, por la que Jesús entró el día de su presentación al templo, se abrió espontáneamente á la mañana siguiente del crimen del Calvario. El Sanhedrin cesó desde entonces de reunirse en el consistorio de Gazith.

El temor se infiltraba con la respiración, porque la atmósfera de Jerusalén estaba impregnada de remordimiento.

Jerusalén había predeterminado la clase de instrumento que debía destruirla.

«Si dejamos libre á este hombre, decía Caifás sobre Jesús, todos creerán en Él, y los romanos vendrán y destruirán nuestro pueblo y nuestra ciudad (1).» Y al pié del tribunal afirmaban los testigos contra CRISTO: «Nosotros lo hemos encontrado sublevando al pueblo y sobornándole contra el tributo al César,» y la muchedumbre oponía á las vacilaciones de Pilatos este clamor: «Si le perdonas no eres amigo de César; quien quiera que se hace rey es enemigo del César; nosotros no tenemos otro rey que el César.»

La sumisión al César, los intereses del César, la gloria del César fueron invocados por Jerusalén contra JESUCRISTO. Era natural, según la lógica de la Providencia, que Jerusalén pareciera en manos del César, cuya autoridad y cuyos derechos invocó apasionada.

Las legiones del César vinieron, pues, á pagar, como instrumentos de Dios, la ingratitud de la Judea.

Desde la crucifixión del Redentor los judíos habían perdido la paz; los partidos nacionales y religiosos, fraccionados y enardecidos, buscaban un asiento sólido para afirmar la organización del país, debilitado por la disipación de los sentimientos religiosos, por las nebulosidades doctrinales y por el presentimiento de catástrofes merecidas.

Atribuyendo el creciente malestar á la dominación romana cundía el descontento ante aquella dependencia invocada por el deicidio. Los representantes del imperio veíanse en terribles apuros para mantener tranquilas las muchedumbres que afluían á la capital por motivos religiosos. Á menudo surgía peligrosa tirantez de relaciones entre los magnates judíos y los gobernadores romanos; conflictos inminentes que evitaba la prudencia del partido de la conciliación y de la paz.

En el año 66 del nacimiento del Señor el gobernador Florus llegó á Jerusalén decidido á provocar la explosión de las pasiones latentes en el pueblo. Los soldados del séquito de Florus contestaron con injurias á los saludos de los jerosolimitanos; la escolta de caballería atropelló bruscamente la multitud. A la mañana siguiente el procurador imperial exige del Sanhedrin

(1) San Juan, XI.

una satisfaccion perentoria por algunos agravios que creyó haberse inferido á su autoridad en la víspera. La satisfaccion no pudo darse tan cumplida y tan pronta como exigia. Florus lanza sus soldados en son de guerra por la ciudad, condena á ser azotados y crucificados algunos judíos, caballeros romanos y desdeña altivo las lágrimas de Berenice, hermana de Agrippa, que implora descalza y humillada piedad para Jerusalem.

Dos nuevas legiones entran en la ciudad tratando á los habitantes como verdaderos vendidos: los sacerdotes son objeto de las irrisiones de la soldadesca, las prácticas judáicas mas respetables son remedadas como en escarnio. La ira popular, hasta entonces contenida, explota furiosa. El pueblo se reúne en el templo para salvar su tesoro, derriba la galería que ponía en comunicacion el templo con la torre Antonia, ocupada por los romanos, y á pedradas ahuyenta á los romanos acampados en las calles contiguas.

Florus convoca el Sanhedrin y le anuncia que está resuelto á abandonar Jerusalem. El Sanhedrin tiembla ante las consecuencias de aquel paso que envolvía la ruptura con César. La santa ciudad se estremece á su vez, y deputa á un procónsul de Siria para parlamentar con el Procurador, Berenice comisiona á Agrippa. La sumision está pronunciada. Un delegado de Florus llega á Jerusalem y la encuentra pacífica. Entra al templo y ofrece desde el lugar reservado á los gentiles un homenaje al Dios de los judíos. Agrippa congrega al pueblo en presencia de Berenice, sentada en el trono, y le suplica en nombre de las cosas santas, en nombre del templo, en nombre de los ángeles, que no comprometa el Santo de los santos en los azares de una guerra. El pueblo se enternece ante la súplica de un rey y el llanto de una reina. Agrippa obtiene mas del pueblo, obtiene que pague los tributos atrasados, que reconstruya la galería de la torre Antonia, que olvide las dolorosas escenas trascurridas.

Mas luego pretende reconciliar la ciudad con Florus. Al oír esta propuesta las muchedumbres mugen como olas tempestuosas. Al intentar insistir cae sobre él una lluvia de piedras. Agrippa apela á una precipitada huida. La revolucion estalla vehemente. Los rebeldes de fuera Jerusalem se posesionan de Masada, fortaleza poderosa situada en las playas del mar Muerto, cuyo gobierno asume Manahen, inquieto, fogoso, altivo aventurero, mientras Eleazar, hijo del pontífice Ananías, se erige comandante militar del templo. Su primera disposicion fue prohibir toda ofrenda por manos gentiles, lo que equivalía á una excomunion al Emperador, y por lo tanto, renunciábase con ello á la alianza con Roma.

Los partidarios de la transaccion quisieron luchar. Agrippa les envió tres mil hombres arrojados que, con la cohorte que guarnecía la ciudad y los pocos judíos amigos de los romanos, sostuvieron durante siete dias empeñado combate en las calles y plazas. Pero los rebeldes, reforzados por el auxilio que les envió Manahen, triunfaron. Los palacios de Agrippa y Berenice fueron incendiados, las llamas consumieron una gran parte de la torre Antonia. El palacio de David, situado á mayor altura, resistió mas tiempo, pero al fin sucumbió; siendo asesinado en él el gran sacerdote Ananías, el mismo que habia hecho apalea á Pablo y á quien Pablo habia profetizado que el Señor le heriria.

Jerusalem victoriosa nutria tres partidos: el de Manahen, llegado de Masada al frente de sus sicarios; el de Eleazar, señor del templo, y entre ambos el de la paz, que detestando á Eleazar le auxiliaba ya, algo para oponerse á los romanos y mucho contra Manahen, porque Manahen era mas tirano que Eleazar (1).»

Manahen fue asesinado por los eleazaristas. El partido sicario se halló dominado por su rival; pero pronto Eleazar fue objeto de igual reprobacion por parte del pueblo.

En las tres torres de Sion permanecía encerrada una cohorte romana; su comandante ofreció la rendicion á Eleazar á condicion de que salvara su vida y la de sus legionarios. El pueblo obligó la aceptacion de este rendimiento. Mas una vez desarmados los legionarios fueron todos asesinados, á pesar de ser la fiesta de sábado. Jerusalem se indignó. Todos los vínculos

(1) Champagny.

quedaban rotos. Florus, Agrippa, César eran enemigos de Jerusalen. El asesinato de Ananías enemistaba con ella el sacerdocio.

La tribulacion de la ciudad de David no tuvo límites. Interiormente estaba entregada en manos de discolos aventureros, exteriormente los infieles la cerraban por todas partes. Hacia el mar, Sidon, Tiro, Ptolemaida; sobre el Carmelo estaba erigido un altar y un sacerdote gentilico; Dara, Cesarea, Antipatris, Ascalon, Gaza eran paganas en espíritu, en costumbres, en tendencias, en nombre; á pocas leguas de distancia comenzaba Samaria, la protesta viva contra su templo, contra su sacerdocio. Hasta en el corazon de la Galilea los idólatras tenían en Bethsan (despues Scythopolis), una ciudad donde ejercian completo predominio.

Todos los horizontes permanecian cerrados á la esperanza. No habia alianza posible para la reina del Oriente; hasta en Judea y Galilea existian poblaciones desafectas, porque Sephoris estaba romanizada, Tiberiades era pronunciadamente agrippina.

La Siria se levantó intrépida contra la Judea. Veinte mil judíos recibieron la muerte ó sufrieron la cautividad en un dia de sábado en Cesarea, en la misma hora que Jerusalen degollaba la cohorte de Sion; en Dámaso, diez mil judíos eran vencidos; en Antioquía, una porcion de estos eran arrojados á una hoguera encendida en el teatro público; en Egipto se oyó el grito de muerte contra el pueblo santo; sangrientas escenas tuvieron lugar en Alejandría; segun Josefo, cincuenta mil judíos murieron en un dia víctimas del furor de los alexandrinios.

Creyó Cestius Gallus, procónsul de la Siria, llegada la hora de asaltar á Jerusalen. Trece mil soldados romanos, sin contar los contingentes prestados por Antiochus, rey de Comajena, Solemis, rey de Emeso, y Agrippa. La superioridad de las armas romanas dominó la superioridad del número de los jerosolimitanos. Cestius penetró en la ciudad, cuyos defensores pronto hubieron de reducirse al recinto del templo y á las fortalezas de Sion. Ya los del templo vacilaban, cuando el procónsul dió la señal de retirada.

Entonces cayeron como un aluvion sobre las cohortes romanas los embravecidos judíos. Aquello fue una espantosa dispersion. Armas, bagajes, máquinas de guerra, municiones, todo cayó en poder de Jerusalen; el águila de la segunda legion cayó prisionera. Cantos de victoria poblaron los aires que un dia antes repetian las tristes plegarias de los amedrentados.

Por desgracia aquel triunfo habia de ser estéril. César dictó órdenes prudentes y enérgicas para vengar el honor del Capitolio. No habia de conseguir el sumo Pontífice romano que el águila de los dioses permaneciera encadenada á las aras de Jehová.

Vespesiano fue elegido. Este inteligente capitán comprendió la gravedad de la empresa que se le confiaba, y obedeciendo á su carácter pensador y frio, trazó un plan estratégico y congregó imponentes elementos para realizarlo. La rebeldía ganó terreno con la dispersion de Cestius. Azot, Famnia, Cesarea, habian enarbolado el estandarte judaico; Joppe lanzaba al Mediterráneo atrevidas naves, que inquietaban los buques mercantes de Roma; la Idumea se mantenía adherida á Jerusalen, bajo la proteccion de los fuertes Herodion y Masada; la ribera izquierda del Jordan veia amparada su insurreccion por el castillo de Macheronte. La Samaria empezaba á inclinarse hacia Jerusalen con preferencia á Roma.

El objetivo primordial del nuevo capitán fue la Galilea, que sucumbió al ímpetu de sus aguerridas legiones mandadas por inteligentes caudillos. La lucha pronto solo se sostuvo en Jotapat y Gamala, ciudadelas naturales, que fueron el sepulcro de millares de combatientes de ambos campos. Empero nada era capaz de sustraerse á las águilas de César. Los triunfos obtenidos en Galilea dejaron completamente aislada á Jerusalen. La Samaria dominada, y por lo tanto el Norte de Jerusalen cerrado á toda esperanza; en el Occidente Joppe, Azot, reconquistadas por los romanos; de Gaza á Sidon le interceptaba el camino del mar una série de poblaciones idolátricas; en el Oriente Scythopolis, Tiberiades y Tarichea, ya de Vespasiano; el monte Tabor y las llanuras del Jordan ocupados militarmente. Jerusalen fortificada, llena de guerreros, enardecidos por el espíritu de la defensa y por el anhelo de la victoria estaba

no obstante entregada á sus propios y únicos recursos. No existia ningun ejército capaz de impedir y menos de levantar un sitio. Las bandas insurrectas que recorrían el territorio se habían desvanecido. En Tiberiades Vespasiano rindió cuarenta y tres mil de aquellos aventureros, que devastaban el país sin legar gloria á las armas, ni provecho á la causa nacional. Segun el historiador Josefo, treinta y seis mil fueron vendidos como esclavos, seis mil enviados á Neron para trabajar en la apertura del istmo de Corinto, los demás arcabuceados. Escena trágica pasada en las playas del poético Genezareth, donde algunos años antes Jesús predicó el Evangelio de la paz, donde tendió la mano á Pedro, y donde aplacó la tempestad al eco de su palabra soberana.

La partida de insurrectos mandados por Juan de Ciscala tuvo el fin desastroso de la de Tiberiades. Las legiones romanas no encontraron, pues, obstáculos sérios para llegar al pié de los muros de la santa ciudad.

Sin embargo, los acontecimientos políticos de Roma, las complicaciones surgidas cuando la muerte de Neron, la agitacion causada en el ejército á consecuencia de la promulgacion de Galba por las legiones de la Galia, la guerra intestina de las milicias, que dió por resultado la subida y la muerte de tres emperadores en el período de un año, presentaron á la Judea una ocasion admirable de crear sérios obstáculos y dificultades á sus adversarios. Empero el Señor habia cerrado los ojos de los judíos, quienes no acertaron á distinguir bien el flanco débil de los romanos. Si Roma estaba dividida, no lo estaba menos Jerusalem. Ni en esta ni en aquella habitaba el espíritu del Señor.

No, no dominaba el espíritu del Señor en la ciudad de los profetas, porque la fraccion posesionada del templo llevaba hasta la ironía el manejo de las cosas santas. El templo profanado por el asesinato de prisioneros del partido llamado aristocrático era teatro de las mas revoltantes fechorías. Un tal Juan, hijo de Daim, ejercia la soberanía absoluta sobre el mismo sacerdocio. El Sanhedrin se declaró incapacitado de impedir el desborde de los obcecados dominadores. Los guerreros nombraban sacerdotes á los favorecidos por la suerte, desdeñando las protestas de los fieles á las tradiciones de Moisés y de Aaron. Cuando un judío venerable les lee las amenazas de David contra los sacrílegos, estos prorrumpen en desdenes y bur-las contra David.

El pueblo se indigna y se subleva contra el gobierno del templo. Á duras penas se evita una colision á muerte entre los sacrílegos y los tradicionalistas. Creyéndose perdidos los primeros invocan el auxilio de los idumeos, raza indigna, revoltosa, desmoralizada, reputada por la escoria de aquellos pueblos. Veinte mil de aquellos guerreros irrespetuosos comparecen en el antemural de la ciudad; pero el partido del orden cierra las puertas. No es descriptible la agitacion de Jerusalem en aquellos dias. El partido del orden apenas alcanzaba contrabalancear las intrigas de los exaltados para librar la capital en manos de los alborotadores; solo el teson y la firmeza de la milicia popular detenia el oleaje de los idumeos, hambrientos de pillaje mas que de gloria.

En fin, en noche tempestuosa una traicion de los soldados del templo abre sigilosamente las puertas del Sud y del Oeste, y los idumeos invaden el lugar santo y la ciudad entera. Horrible fue la matanza de aquella noche, en la cual, segun Josefo, «la naturaleza se conturbó evidentemente para que los hombres se perdieran.» Entonces se constituyó un gobierno, que se llamó á sí propio Gobierno del Terror, compuesto de los elementos celador, galileo é idumeo. Ananías, el promotor de la muerte de Santiago, es horriblemente asesinado. Muchos notables judíos siguen su suerte. Los cadáveres de las víctimas quedan abandonados, insepultos, contra las prescripciones de Moisés. Ya no hay ley en Jerusalem. Zacarias, hijo de Baruch, personaje respetable y querido, es muerto dentro del templo y precipitado desde lo alto de las murallas, á pesar de haber sido absuelto por un tribunal compuesto de setenta jueces. Ya no habia justicia en Jerusalem.

Vespasiano acercaba sus cohortes á la capital, mas á los que le aconsejaban dar el asalto:

«No, les contestaba, atacando haríamos cesar sus discordias. Dejemos que se diezmen unos á otros. Dios es mejor general que yo; Dios nos los entregará sin combate.»

En medio de aquella anarquía pululaban los candidatos á reyes. La jefatura era el ideal que obcecaba á cuantos el exorbitante crimen daba derecho á cierta supremacia en el reino de la inmoralidad.

No bastaba que Jerusalem tuviera sobre el templo al segundo Eleazar y sobre la ciudad á Juan de Ciscala. Otro bandido se abrió paso al través del vulgo. Simon, hijo de Gioras, obtuvo celebridad por el cinismo de sus tropelías. Dotado de fuerza y de arrojo, no contenido por ninguna consideracion de honor ni de moralidad, llegó á imponerse á los mismos sicarios. Todo lo mas perdido de Israel y de Judá acudió á su bandera famosa. Pronto fue el héroe de su país. Mirado con prevencion hasta por los bandidos de Masada, erigióse una ciudadela propia, nido donde ocultaba los frutos de sus depravaciones y de sus rapiñas. Cuarenta mil voluntarios, segun Josefo, obedecian sus órdenes; horda que semejante á huracan destruia cuanto se oponia á su paso. Hasta los árboles y las yerbas eran reducidos á ceniza por las plantas ardientes de aquellos frenéticos asoladores. La terrible Idumea tembló ante los simonianos, que incendiaron á Hebron. El devastador se acercó á Jerusalem, y hasta los celadores ó exaltados temblaron de espanto. La guarnicion jerosolimitana fue acuchillada en una de sus salidas por las bárbaras huestes de Simon. Por venganza consiguieron los celadores posesionarse de una de las mujeres del bandido, que se llevaron en rehenes al templo. Simon, indignado, apostóse entonces en las afueras, y cuantos salian de Jerusalem eran, unos asesinados; otros, despues de cortadas las manos, enviados á Jerusalem para anunciar en su nombre que el dia que fuese dueño de ella trataria de igual suerte á todos los ciudadanos. Jerusalem resolvió devolverle la mujer prisionera.

Por un inexplicable contrasentido el partido del orden fijó en Simon las miradas. Simon penetró en Jerusalem apoyado por los hombres mas sensatos, llevando como auxiliares los idumeos, terror de la víspera. Los pontífices y las notabilidades del país tendieron los brazos al salteador de caminos y lo declararon esperanza de la patria.

Desde aquel momento Jerusalem tuvo á Simon fortificado con doce mil bandidos y cinco mil idumeos en la montaña de Sion, sitiando al templo; Juan con seis mil galileos ocupaba el primer recinto del templo, que defendia contra Simon; Eleazar II con dos mil cuatrocientos celadores atrincherados en el interior del templo y en la cúspide de la santa montaña á la defensiva contra Simon y contra Juan.

«Simon tenia á su favor el número de sus soldados y las últimas esperanzas del pueblo; Eleazar su situacion dominante; Juan la energía de su indomable carácter. Juan se defendia á derecha y á izquierda, debajo de sus piés y sobre su cabeza; elevando en los cuatro ángulos del recinto exterior otras tantas torres de madera destinadas á aplastar á Simon y elevando contra el templo interior máquinas destinadas á arrojar proyectiles de piedra contra Eleazar. Mas cuando los celadores embriagados con el vino del templo y rendidos por el combate del dia se sumergian en el descanso de la noche, Juan, seguro por aquella parte, se precipitaba sobre Jerusalem, y antes que Simon tuviera tiempo de descender del campamento de Sion, incendiaba uno de los barrios bajos de la ciudad (1).»

Sin duda la sociedad se hallaba bajo el peso de terrible expiacion. Un vértigo de insurreccion, de rebeldía, de destruccion, de anarquía material y moral la impulsaba á hechos inexplicables por lo insensatos. «Si Jerusalem, escribió un discreto filósofo de la historia, contaba tres señores enemigos unos de otros, Roma era asimismo despedazada entre Vitelio y Vespasiano. La Italia devastada, Cremona incendiada, las orillas del Rhin en sangrienta lucha... Mario sublevaba la Galia y Velleda la Germania, como enviados del cielo, como profetas, ni mas ni menos que los inspirados de Israel. Habianse visto romanos contra romanos sitiando al Capitolio al igual que judíos contra judíos sitiando el templo, y el Capitolio hundiéndose entre las llamas de la misma manera que pronto el templo habia de desaparecer envueltos en ellos.»

(1) *Rome et la Judée au temps de la chute de Néron.*

XXXIII.

Continua el castigo de Jerusalem.— Consúmase la expiación de Judá.

Titus habia tomado el mando supremo del ejército romano de Judea. Cincuenta mil hombres obedecian como uno solo su voz de mando. Tres reyes vasallos dirigian sus respectivas



MARTIRIO DE SAN BERNABÉ.

divisiones. Nubes de caballería árabe apoyaban las nutridas masas de infantería dirigidas contra «la mas ilustre ciudad del Oriente,» como la llamaba Plinio. La majestad de aquel ejército correspondia á la terrible mision que iba á desempeñar sin advertirlo. Era la ejecucion solemne de una sentencia de Dios. Un evangelista habia prenunciado aquella marcha «cuando veais los ejércitos acercarse á Jerusalem, escribió Lucas; sabed que está cercana la desolacion ;

puesto que llegaron los días de la venganza para el cumplimiento de todo lo que fue escrito. ¡Ay de las mujeres en cinta y de las lactantes en aquellos días (1)!»

Así los ejércitos se acercaban por orden de Dios.

Jerusalén conservaba aun la altiva fisonomía de una reina, su aspecto era el de la digna descendiente de la ciudad de David y de Salomón. Agrippa, los Herodes, Pilatos la habían embellecido levantándola de la postración en que la sumergieran sus pasados infortunios. Los césares habían derramado con profusión sobre ella riquezas y atenciones. Abundaban en su recinto los edificios notables por la estructura y por las preciosidades orientales. Sobre todo ostentaba una corona, que ofuscaba hasta la corona de Roma. El templo de Jerusalén eclipsaba material y moralmente al Capitolio. Todos los dioses del universo reunidos no alcanzaron crear la santa majestad que Jehová derramó sobre el augusto recinto. Cuando desde las alturas del Scopus ó Chefat Tito descubrió sentada como Ester, en la falda de Sion, la ciudad de los antiguos oráculos, sentimientos artísticos y religiosos conmovieron su alma escogida. Su idea dominante fue salvar la personificación de las grandezas de Jerusalén, y legar á las generaciones venideras incólume el gran templo de Dios.

Jerusalén ofrecía graves dificultades para el asalto. Bezetha, Acra, la torre Antonia, el templo, la montaña de Sion eran cinco centros de defensa mutuamente apoyados.

No le faltaban defensores á la augusta ciudad, cuya población, según Tácito, ascendía á seiscientos mil moradores, aunque á la sazón contábase mas, porque á causa de la festividad de la Pascua toda la gente piadosa se hallaba en su recinto, y á causa de la ocupación del país por las armas romanas casi todos los judíos capaces de guerrear se hallaban allí refugiados. No nos incumbe detallar las peripecias del sitio.

Las ilusiones de Tito viéronse pronto desvanecidas. El primer amago contra la ciudad fue rechazado por los defensores; los emisarios enviados en son de paz, rechazados con desprecio. El ataque debió emprenderse según todas las reglas y procedimientos del arte. Hubo de erigirse fortaleza contra fortaleza, torre contra torre. Solo después de tres semanas de fatigosos trabajos, Bezetha, la posición inferior de la plaza fue tomada, y Tito pudo plantar su tienda en el lugar donde montó un día la suya Senaquerib. Quince días mas, y enormes pérdidas costó la toma definitiva de Acra. Mas las alturas permanecían intactas.

Aquellas conquistas no satisfacían á los romanos, que encontraban en los judíos una decisión y tenacidad con que no habían contado. Por otra parte, la rivalidad de los tres caudillos no producía la escisión que Tito esperaba. El peligro común acercaba entre sí á los tres rivales. El general romano suspendió por algunos días el sitio poniendo en juego los elementos de persuasión y seducción. Algunos emisarios, desde las avanzadas de los sitiadores, y entre ellos Josefo, predicaban á Jerusalén la rendición, prometiendo la indulgencia del César y el respeto al santuario. Los jerosolimitanos contestaban con disparos á las predicaciones de los enemigos.

Tito acudió al rigor. Una noche la caballería árabe sorprende á quinientos sitiados, que buscaban en los campos vecinos comestibles para aportar á la desprovista ciudad. Los quinientos fueron crucificados á la vista de Jerusalén. ¡Terrible escena correlacionada con la cruz elevada en el Calvario algunos años antes!

Viendo la inutilidad de los recursos de imposición y de atracción, Tito resolvió continuar el sitio. Cuatro baluartes fueron levantados, dos contra las posiciones de Simón, dos contra la torre Antonia, pero la astucia de los judíos socabó los cimientos de estas últimas, envolviendo en los escombros de sus ruínas á sus fabricantes y defensores; al propio tiempo que dos simonianos penetraron de improviso, antorcha en mano, en el campamento enemigo é incendiaron las máquinas de guerra. Cundió la confusión entre los sitiadores, el descorazonamiento en sus legiones, el pánico, casi la suspensión del sitio; evidentemente Jerusalén triunfó.

Mas ¡ay! era que se habían de cumplir mas á la letra las predicciones escritas. «Vendrán

(1) San Lucas, XXI.

días, sobre tí, consignó Lucas en su Evangelio, en que tus enemigos te circunvalarán y te rodearán de *contramuros* y te estrecharán por todas partes y te arrasarán con los hijos tuyos que tendrás encerrados dentro de tí, y no dejarán en tí piedra sobre piedra, por cuanto has desconocido el templo en que Dios te ha visitado (1).» Un consejo de generales romanos resolvió circuir completamente la parte no conquistada de Jerusalem. Josefo nos ha legado la descripción del muro de circunvalación que ahogó aquella reina de la antigüedad. Partía del cuartel general de Titus, situado en el Norte de Bezetha, cortaba dirigiéndose á Oriente la parte baja de Bezetha, paralelo á la via dolorosa recorrida por el Señor al dirigirse al Calvario; descendía por el valle de Cedron, que atravesaba un poco mas arriba del lugar por donde Jesús lo atravesó yendo á la muerte; seguía de Norte á Mediodía las cimas del monte Olivete; pasaba por el monte del Escándalo, célebre por la idolatría de Salomon, salvaba una vez mas el valle; encontraba, sobre la colina del Mal consejo el sepulcro del pontífice Anás (el suegro de Caifás) el campo de Haceldama, comprado con los treinta dineros, y la casa de campo de Caifás, donde se celebró el conciliábulo que decidió la muerte del Salvador; continuaba luego de Mediodía á Norte coronando las alturas y venía á cerrarse en el campo de Senaquerib, que era ya el de Tito.

Este muro cerró todos los horizontes á la esperanza. La población circuida con un cinturón de fuego y piedra, tenía contados los días de subsistencia por las raciones de alimento de que podía disponer, siendo imposible en adelante todo aprovisionamiento. El hambre no tardó en aumentar los horrores del combate. Al hambre acompañaba el cortejo de enfermedades inseparable de la miseria pública. La cuestión del pan causaba diariamente sensibles víctimas, pues se tramaban casi serias batallas para conquistar como por botín, la mas insignificante reserva de comestibles que se descubriera.

La mortandad crecía rápidamente. Las plataformas de las casas, las plazas estaban llenas de cadáveres; familias enteras sucumbían desfallecidas. Los sobrevivientes no lloraban los muertos, ni siquiera los enterraban ¿á qué? si presentían que Jerusalem había de ser el cementerio de Judea. «Los que todavía andaban por las calles pálidos, hidrópicos, medio cadáveres echaban una mirada de envidia á los que ya no sufrían (2).» Ciento quince mil ochocientos cadáveres pasaron por una puerta de Jerusalem en el espacio de dos meses y medio. El mismo Tito, compadecido de aquel cúmulo de calamidades, levantó un día los brazos ante Jerusalem y exclamó: Juro al cielo que yo no soy responsable de tantas desventuras. Y sin embargo los exaltados del pueblo se resistían á toda idea de capitulación. Matías y quince personajes notables recibieron afrentosa muerte, porque expresaron deseos de ver el término del martirio nacional.

El ejército sitiador emprendió el ataque de la torre Antonia con decisión heroica; la gran fortaleza cedió. El templo fue dominado desde aquel instante, aunque no terminaron los combates.

Las operaciones militares tuvieron por blanco exclusivo el templo.

No era únicamente un santuario el glorioso templo de Jerusalem; era una ciudadela, era una ciudad, era una nación, era toda la nación judaica, era toda la historia de aquella nación, era un monumento síntesis de todos los monumentos religiosos y políticos del antiguo Israel y de Judá, era el lugar único, excepcional del mundo. Jehová no ha tenido en la tierra, probablemente no tendrá jamás en el mundo, un asiento, un trono, un altar tan espléndido, tan rico, tan magnífico materialmente considerado. Las basílicas cristianas mas suntuosas son en material grandeza pálida sombra de la majestad de aquel templo; como aquel templo era en lo espiritual pálida sombra de la gloria del mas insignificante templo cristiano. En los templos, cristianos habita realmente la divinidad, en el templo jerosolimitano solo habitaba la imagen, la figura de Dios.

(1) San Lucas, XIX.

(2) Josefo, *Hist.*

No describiremos el templo de Jerusalem con sus solidísimos antemuros, con sus vastísimos pórticos, con sus deslumbrantes puertas, con sus galerías gigantescas, con su santuario respetable, con su impenetrable *Sancta Sanctorum*. Desde Salomon, que habia concentrado en el templo todos los tesoros del Oriente, hasta Elena (1), reina de los judíos, y Herodes y Agrippa, que llevaron á él prendas de sorprendente valor, fue aquel lugar el recipiente de las riquezas artísticas y de los materiales valores de los judíos y de sus amigos y aliados.

El valor de los defensores del templo centuplicaba su número positivo. La esperanza en un auxilio sobrenatural les obcecaba; sabian que humanamente hablando no podian vencer; empero gracias á una errónea interpretacion de las profecías, creian que Daniel fijaba en aquella época el cumplimiento de los deseos antiguos, y que este consistiera en la victoria material por la que batallaban. ¡Ah! ignoraban que las profecías estaban realizadas en su principal parte, y que para su total cumplimiento solo faltaba la completa derrota del pertinaz pueblo. Por esto rechazaban indignados los parlamentarios que Tito les enviaba ofreciéndoles y aun suplicándoles que desistieran de combatir, dándoles en cambio la promesa de salvar el glorioso templo.

De honra eterna coronará á Tito la historia por los nobles esfuerzos que hizo para salvar el mas célebre monumento erigido por el arte y la fe de un pueblo. Cuando desde las alturas de la torre Antonia Tito descubria las magnificencias del alcázar divino, aquel cúmulo de portentos arquitectónicos, expresion perfecta del pensamiento de Dios en lo relativo á la liturgia religiosa se entristecia de haber sido el designado para consumir la ruina del edificio que parecia reclamar con sus magnificencias un derecho á la inmortalidad. Cada negativa que recibia á los ofrecimientos de rendicion partíale el alma como agudísima flecha. Tito, que empezó admirando las virtudes religiosas del pueblo que fue santo, acabó queriendo con delirio el monumento sagrado de su fe y de su historia. Instruido en los acontecimientos de los pueblos y en la marcha de las civilizaciones, quizá compararía el espíritu y la historia del pueblo romano con el espíritu y la historia del jerosolimitano. La menor fortuna de este la consideraria perfectamente compensada por su mayor elevacion de miras, de doctrinas, de antecedentes y de aspiraciones. Si se atrevió á trazar un paralelo entre el Capitolio y el templo ¿cómo no habia de salir victorioso en su imaginacion el santuario augusto que tenia á sus plantas, lleno de adoradores de la divinidad preparados á morir en su defensa á través del ayuno forzoso y de la abstinencia voluntaria, esperanzados contra toda esperanza, sublimados en el abismo de la desgracia por la certidumbre de un premio eterno, que los romanos eran incapaces de concebir? Tito, meditando desde la torre Antonia, los ojos fijos en el santuario, sobre los destinos de Roma y de Jerusalem, es una de las figuras colosales aparecidas en la inmensa galería de las notabilidades humanas.

Una afliccion inesperada vino á aumentar el catálogo de las desgracias del heroico pueblo. El 17 del mes hebráico Thammouz (nuestro 12 de julio), no se encontraron en Jerusalem corderos para ofrecer al Señor, como estaba prescrito se verificara mañana y tarde de cada dia. Solo en la cautividad de Babilonia y en la persecucion de Antioco se habia suspendido el sacrificio. Doscientos treinta y tres años trascurrieron desde que Jehová no habia oprimido el corazon de su pueblo con el dolor de aquella suspension «el mayor de todos los dolores,» en expresion de Daniel. Los instruidos en las santas Escrituras, al saber la falta de víctimas, llorando como niños, recordaban estas palabras de Isaías: «No me ofrezcais mas sacrificios, vuestro incienso es para mí una abominacion. Vuestras neomenias, vuestros sábados, vuestras fiestas no los soportaré. Mi alma detesta vuestras kalendas y vuestras solemnidades (2).»

Al mismo tiempo cundia entre la muchedumbre la noticia de haberse cumplido otra pa-

(1) Elena regaló al templo una gran lámpara y mesa de oro; Sosius, primer vencedor de Jerusalem, depuso ante su altar una corona invaluable; Augusto y Livia regalaron vasos de oro purísimo; el rey Agrippa enriqueció el santuario con una cadena de oro igual en peso á la de hierro con que le maniató Tiberio.

(2) Isaías, 1.

labra profética espantosa. Moisés habia proferido esta amenaza: «Si no escuchas la voz del Señor tú Dios, serás sitiada dentro de tus propias murallas... comerás el fruto de tus entrañas, la carne de tus hijos y de tus hijas en medio de la estrechez y pobreza que te causará tu enemigo.» Pues bien, una hija de Eleazar, á impulsos del hambre, habia degollado á su niño de pecho y asado ya comíale, devoraba el fruto de sus entrañas. Atraídos por el olor de tan execrable banquete entraron en el lugar del cruel festin algunos soldados hambrientos para disputar la presa al imprudente, que no se recataba de saciarse en aquella crisis de miseria. Mas, estupefactos al presenciar la calidad de la comida, retroceden. «¿Es que teneis vosotros, les grita ella, el corazon mas tierno que el de una madre?»

Y para aumentar el horror de aquel cuadro, un hombre cuya fisonomía presentaba las huellas de pasada virilidad, con actitud mas idiota que dolorosa, pero cuyo dolor era causa evidente de su idiotismo, como llevado por impulso superior, desconociendo los peligros que le creaba su estraña audacia, recorria medio desnudo los escombros de Jerusalem, parándose de vez en cuando, y lanzando al aire agudo y tembloroso grito, diciendo:

«Voz de Oriente,
«voz de Occidente,
«voz de las cuatro partes del mundo,
«voz contra Jerusalem y contra el templo,
«voz contra los jóvenes esposos y las jóvenes esposas,
«voz contra todo el pueblo,
«desgracia, desgracia, desgracia sobre Jerusalem.»

En vano sus compatriocios pretendian imponer silencio á su celo, en vano deteniéndole le advertian que desalentaba con las expresiones de su justa amargura á los soldados de la causa de Dios; mudo ante todas las reflexiones, levantaba la frente, estendia los brazos, mesábase los cabellos, estremeciase su cuerpo y con voz mas vibrante repetia: «Voz de Oriente y voz de Occidente, voz de las cuatro partes del mundo...»

Si indignados contra aquella voz siniestra resolvian los judíos sujetarle y aprisionarle, escurriase como aérea fantasma por en medio de sus detentores, y encaramado sobre peligrosa ruina, desplomaba como lluvia terrorífica nuevas exclamaciones: «Voz contra Jerusalem y contra el templo; voz contra los jóvenes esposos y las jóvenes esposas.»

Si conducido á presencia de los sacerdotes era reconvenido en nombre de los altos intereses á que se manifestaba consagrado; si se le anunciaba estar próxima la hora de la libertad del pueblo, y la seguridad de obtener la misericordia de Jehová, postrado de rodillas, tendido en el suelo, hundidos en el polvo los lábios, sepultaba en tierra estas expresiones salidas de su alma: «Desgracia, desgracia, desgracia sobre Jerusalem.»

La sabiduría de los profetas necesitó revestir en aquella hora la forma de la locura humana para ser escuchada. Tito pudo oír por sí mismo la expresion de sus decretos pavorosamente formulada por aquel hombre vision. Si David, si Isaías, si Jeremías hubieran resucitado en aquellos momentos hubieron tomado la fisonomía, la actitud, la voz de aquel hombre, que era en efecto «la voz de Oriente y la voz de Occidente y la voz de las cuatro partes del mundo anunciando la desgracia final á Jerusalem y á su templo.»

Á la mañana siguiente de haber cesado el sacrificio, Tito envió á Josefo y á otros judíos al pié de las murallas para anunciar á Juan de Ciscala que habia sonado la última hora de la indulgencia, que en justa admiracion del heroismo judáico, y como prueba de respeto profundo al templo aceptaran la amnistía, ó á lo menos, salieran del sagrado recinto, que tomara bajo su proteccion, y escogiendo un campo fuera de la ciudad, trasladaran allí el teatro de la lucha: «de la integridad y la paz del templo él salia garante.» ¡Noble cortesanía en un pagano, que los judíos no supieron apreciar, Juan de Ciscala contestó á Josefo: «Decid á Tito que-

Jerusalén es la ciudad de Dios, y que Dios no permitirá su ruina.» El pueblo, testimonio de esta entrevista, lloraba de emoción; solo el caudillo mostraba un corazón frío como el hielo.

Al saber la actitud definitiva de los judíos, Tito exclamó: «El cielo lo ve; Jerusalén opta por la ruina del templo, pues ella está ya arruinada.»

Mientras las legiones romanas se aprestaban al asalto, los impertérritos judíos les adelantaron en la iniciativa. Torrentes de sitiados desbordan por el valle de Cedron, impulsados por la desesperación y el hambre, y remontando como furias el monte Olivete casi hienden el muro de circunvalación; mas el hierro sitiador les rechaza y Tito los arroja al recinto interior del santuario. En su retirada los judíos incendian los pórticos Norte y Oeste. Detrás de las llamas aparecen las águilas que anidan sobre preciosas cenizas, amasadas con sangre romana y judía.

Judea está encerrada ya en su último baluarte; las murallas del templo, propiamente dicho, son el único objetivo de las maniobras militares. Como si los constructores del santuario previeran la lucha que habrían de sostener las habían dotado de una resistencia inmensa. Seis días de batir uno de sus lienzos con toda la potencia de las armas de demolición entonces conocidas no consiguieron sino arrancar unas cuantas piedras. No quedaba otro recurso que el fuego. Pero el fuego era la ruina. Tito vacilaba, mientras la impaciencia de las legiones crecía. No le era dado al General prolongar más la condescendencia. El honor de Roma reclamaba un sacrificio que le era amargo. Al fin permitió que se incendiara una de las puertas.

Sus órdenes cumplidas con exactitud y arrojo comunicaron el incendio al segundo pórtico. Por el período de veinte y cuatro horas un río de fuego circuyó el templo, cuyas paredes resistían admirablemente la tempestad de las llamas. El viento esparcía sobre Jerusalén las cenizas de los cedros del Líbano cortados en los días de la gloria de Israel, cuando los reyes de la tierra se honraban con la amistad de la casa de David.

Tito acordó un día de tregua, y dió á sus legiones la orden de extinguir el incendio del pórtico. Una palabra de paz ¡era la última! oyó el pueblo recluso, refugiado en el alcázar de sus glorias y de su Dios. «¡Guerra! ¡muerte!» fue la contestación de aquellos valientes.

Tito reunió consejo de generales para consultarles si le era lícito incendiar el santuario. «Ya no es santuario, contestaron; los judíos le han transformado en ciudadela. Nada tenemos que oponer al altar, pero contra los baluartes tenemos derecho á emplear todos los elementos de destrucción.»

La imaginación de los judíos se hallaba sumamente exaltada en aquella suprema crisis. La idea de lo sobrenatural predominante en aquel pueblo, que hasta entonces había sido el verdadero pueblo de Dios, les preocupaba. La historia dejaba su carácter pasado y revivía toda en aquella actualidad. Lo que habían hecho, lo que habían dicho los profetas y los patriarcas durante años y siglos se hacía y se decía en aquellos momentos y en aquella reducida área.

El décimo día del mes Loüs, nuestro agosto, al rayar el alba, cuando los primeros rayos de la pálida aurora penetraban por los ventanales de oro y plata del santuario, los judíos sintieronse repentinamente impresionados por un accidente pavoroso.

Un viento huracanado dejóse oír primero lejano, después muy cerca en el interior del santuario; luego un ruido como de millares de caminantes acercándose como se habían acercado las ráfagas que les precedieron, voces innumerables que primero eran cuchicheos confusos, luego murmullos bajos, en seguida clamores distintos poblaron los aires de horrible melancolía. El gran velo, tejido de púrpura y oro, agitóse con furia, y elevóse hasta quedar pegada su extremidad baja en las alturas de la bóveda. La puerta del *Sancta Sanctorum* se vió forzada por misteriosa mano.

Entonces los rumores que habían venido, que habían entrado en el santuario, se salieron del santuario; como oleajes impulsados unos sobre otros, unos á otros se sucedían, se alcan-

zaban, se empujaban y confundían aquellos aéreos rumores que se repetían y contestaban: «¡Salgamos de aquí! ¡salgamos de aquí!»

Y la multitud parecía aumentar á cada instante y llenar todos los contornos, y la sagrada colina y la atmósfera entera de Jerusalem.

Al brillar en su esplendor la aurora los rumores tomaron visibles formas; los sacerdotes vieron cruzar el espacio innumerables fantasmas bajas la frente, como entristecidas por el duelo, cubiertos los rostros con largos velos y ocultas las formas con rozagantes vestidos, repitiendo: «¡Salgamos de ahí!»

«¿Eran, pregunta Mr. Villefranche en su *Cineas*, los ángeles guardianes del Lugar santo, ó las sombras de los patriarcas y profetas? Los sacerdotes, cuyas miradas habían palidecido, ó quizá se habían vuelto mas penetrantes á fuerza de ayunos, creyeron reconocer los dos querubines, con las alas estendidas; Moisés, con su frente coronada por dos luminosas llamas, llevándose las tablas de la ley; Aaron, cubierto el pecho con el *racional* y empuñando la vara milagrosa; Salomon, Zorobabel, Esdras, Nehemías, el mas grande de los Macabeos, todos edificadores ó reparadores del templo, á cual mas entristecido; en fin, una turba de levitas y sacrificadores desconocidos llevándose los símbolos sagrados, el candelero de siete mecheros, la mesa de la propiciación, el altar de los perfumes, el arca misteriosa de la alianza...

«Poco á poco, y á medida que el sol se elevaba, disipóse la tétrica procesion, y solo aparecieron los rostros de los judíos terrorificados, dirigidos hácia las alturas donde había desaparecido la vision (1).»

Un grito de desesperacion despertó la muchedumbre sumergida en el éxtasis del terror. «Muramos peleando,» fue la consigna, y con arrojo heróico los sitiados se lanzan como un solo hombre contra los sitiadores, que los rechazan con denuedo. Tito dió orden de esperar en las líneas conquistadas. Una nueva salida es rechazada con igual energía. Tito se retira á su tienda. Humanamente hablando, el valor mas indomable había de extinguirse á las pocas horas. El templo estaba convertido en un sepulcro inmenso, su pavimento era un charco de sangre y de podredumbre; pirámides de cadáveres inficionaban la atmósfera ya irrespirable, escaseaba el pan. Gritos de agonía, gemidos de amargura acrecentaban el desaliento. El vencedor se entregaba á la plácida ilusion de salvar el santuario, cuando Dios impulsa el corazón de un atrevido romano, «que sin orden de nadie, sin remordimiento del crimen que iba á cometer,» según frase de Josefo, coge una tea encendida, y encaramándose sobre el hombro de un camarada, la arroja por una ventana del Norte sobre los antiguos cortinajes del lugar santo. El fuego se propagó con la rapidez del rayo. Un clamoreo estridente atronó el sagrado ámbito.

¡El templo desaparece! exclaman; y unos se arrojan á las llamas para confundir sus cenizas con las del altar de Dios, otros quedan inmóviles como estatuas, sin atender á los enemigos, otros tienden los brazos hácia los romanos pidiéndoles «piedad para nuestro tabernáculo.» Las legiones de Labeon y de Trajano, que despues fue emperador, suspendieron el ataque, y arma al brazo presenciaban la ejecucion de los celestiales decretos. Mas luego el odio de los conquistadores invade el santuario y empieza la infernal profanacion.

El hijo de César acude lleno de enojo dando la voz de alto; pero Dios manda «adelante,» y las legiones obedecen la voz celestial. El *Sancta Sanctorum* permanecía íntegro al entrar Tito, quien pudo pasear sus miradas paganas en aquel sacrosanto retrete, solo visto hasta entonces por el sumo sacerdote.

Algunos instantes despues todo había desaparecido.

El templo era un campo donde se consumaba la mas atroz matanza que consignan los anales de las guerras. Niños, mujeres, ancianos, guerreros caen sacrificados sin piedad por la soldadesca indisciplinada, sorda á las intimaciones del Centurion y del César. Combatíase

(1) Villefranche y Josefo.

al ardor de las paredes incendiadas, bajo el entroncado de llamas que iban lamiendo los ricos artesonados del gigantesco techo, entre una lluvia de chispas y de combustibles desprendidos de las imponentes alturas.

Pronto como si toda el Moria ardiera, Judea é Israel vieron la consumacion del colosal sacrificio. Esta vez el templo era la víctima, el altar el monte, el sacerdote Dios mismo.

El pillaje sucedió á la matanza. Las preciosidades de los siglos fueron el botin de aquella jornada. El oro y la plata santificados por la consagracion divina sirvieron á la Providencia para pagar el jornal á los ejecutores de sus órdenes.

En los atrios del templo se consumó la profanacion celebrándose un solemne sacrificio á los dioses del imperio.

Todavía hoy los dispersos israelitas celebran la memoria de aquel dia con la lectura de las *Lamentaciones* de Jeremías, con un ayuno riguroso, con otras demostraciones de dolor.

¡Ah! ¿cómo no abre sus ojos á la verdad aquel pueblo infortunado viendo que tan al pié de la letra se habia cumplido este vaticinio de Jeremías? «Pasó á ser caverna de ladrones esta casa donde mi nombre ha sido invocado. Yo el que soy, yo lo he visto, dice el Señor. Id á mi santuario en Silo, allí donde mi nombre habitó tambien, y vereis en qué lo he convertido, á causa de la malicia de mi pueblo de Israel. Así, yo haré en esta casa en que mi nombre fue invocado lo que he hecho en Silo; yo os rechazaré de mi faz como rechacé á vuestros hermanos de Efraim (1).» Salomon no habia sido menos explícito. La gran calamidad en todos sus detalles, con todas sus causas la sabia el pueblo con siglos de anticipacion.

No nos incumbe reseñar los sucesos posteriores á la terrible tragedia descrita. ¿Qué es capaz de escitar interés despues de la importancia de lo que se ha visto?

Las últimas fortalezas del monte Sion, baluartes donde se refugiara el intrépido Simon, cedieron pronto. Judá carecia de objeto para combatir. Arruinado el templo estaba arruinada la nacionalidad. El último rasgo de la integridad del pueblo judáico fue la contestacion dada á Tito que ofrecia la mano misericordiosa á los defensores de la última trinchera de Jerusalem: «No, no podemos estrechar una mano que hemos jurado rechazar siempre. Ábrenos paso para que podamos marcharnos al desierto con nuestras mujeres y nuestros hijos.» El incendio de Acra por los romanos fue la contestacion dada á esta altiva frase de los vencidos.

Despues no vino sino lo que podia venir; la rendicion incondicional del puñado de valientes que no habian sucumbido todavía. Solo algunas bandas de perdidos pulularon sobre aquel campo de ruinas, cargándose con los despojos de los muertos y deshonrando el final del mas patriótico y religioso levantamiento.

Tito no regresó á Roma inmediatamente de su conquista de Jerusalem. Lo avanzado de la estacion y quizá el deseo de saborear su victoria en el país, teatro de sus hazañas y de su fortuna, y aun mejor dicho, de sus destinos providenciales, le impulsó á viajar algun tiempo por Judea y sus inmediaciones. No era aquel piadoso Tito caracterizado por su inagotable misericordia. Embriagado con el humo de los incendios del templo y de Sion, manchó su historia con rasgos de una venganza indigna. Llevóse consigo turbas de cautivos judíos para exhibir con la abundancia de su presa la magnificencia de su triunfo, y tambien para celebrar con fiestas sangrientas su entrada en las principales ciudades de Oriente. En Paneas, el 24 de octubre, aniversario del nacimiento de su hermano Domiciano, dos mil quinientos judíos fueron arrojados á las llamas en los juegos horribles que acordó para solaz y esparcimiento del pueblo. En Beyruth, el 17 de noviembre, sacrificóse un número igual de prisioneros para honrar el dia del nacimiento de su padre Vespasiano. Aquellas inhumanas matanzas recibian aplausos de los pueblos de la Siria, enemigos implacables de los judíos.

En Antioquía de Siria, mandó quitar las planchas de bronce en las que estaban esculpidos los privilegios del pueblo judío, regalando á la municipalidad los dos querubines que

(1) Jeremías, vii.

ARMONIAS ENTRE GONOS Y PISARRAS.

Ó ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSE.

POR D. JOSE PARRÉS.

Los dibujos toman en 4.º y 77 rs. en pasta; ó 100 entregas á cinco reales de cada una, dejando á la vez unido el envase de la obra con el tomo de las láminas.

LA PASION DEL REDENTOR.

por José Parrés. (Otra edición de 1870. St. Cándido de los años de 1870.)

Consta de dos tomos en 4.º, con 24 láminas láminas y una Vista de Jerusalén, á 75 rs. en pasta; ó 212 en tomos de 8 páginas, á cinco reales de cada una.

AÑO DE MARIA.

Relación de los sucesos que ocurrieron en el año de la Encarnación, desde el nacimiento de María hasta su muerte, con láminas y vistas de los lugares que se visitan en los días del año. Por José Parrés.—Una lámina y una Vista de Jerusalén.

Consta de seis tomos en 4.º, formando un solo tomo con 64 láminas.—Cada tomo comprende dos meses.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA.

Desde su fundación hasta nuestros días. Colección de las mejores obras, con las principales noticias históricas de cada época, con láminas y vistas de los lugares que se visitan.

Esta obra, que se publica en entregas con láminas de color, formando cada entrega dos tomos de 16 páginas, que con- tienen cuatro láminas de tamaño real y vistas de los lugares que se visitan, con láminas de tamaño real, que con- tiene, para ser colocada en un cuadro.—Al dorar de cada lámina, y á los costados, en un 4.º, explicativo. El precio de cada entrega es de 5 rs. en tomo español, remitiéndose por el correo á otro conducto, de manera que no quedan intereses.—En nuestras posiciones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más.—Van publicadas 73 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA.

Desde sus primeros tiempos hasta nuestros días, por D. Joaquín Vique de la Puella.

Cuatro tomos en folio, de un tomo y otra fecha, e impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con más de 1000 bellísimas grabadas, entre láminas azules y verdes, á 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Este libro, que se publica en entregas con láminas de color, formando cada entrega dos tomos de 16 páginas, que con- tienen cuatro láminas de tamaño real y vistas de los lugares que se visitan, con láminas de tamaño real, que con- tiene, para ser colocada en un cuadro.—Al dorar de cada lámina, y á los costados, en un 4.º, explicativo. El precio de cada entrega es de 5 rs. en tomo español, remitiéndose por el correo á otro conducto, de manera que no quedan intereses.—En nuestras posiciones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más.—Van publicadas 73 entregas.

Tres tomos en 4.º, mayor, ó 301 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no pagan tomos de una sola vez todas las entregas, se les facilitará el adelantado á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Esta obra es el resultado del muy útil estudio de Juan Vique de la Puella, por D. Juan Vique de la Puella. Los tomos en 4.º, mayor, con 30 láminas con 30 preciosas láminas grabadas sobre los principales sucesos de la vida.—El precio de cada entrega es de 5 rs. en tomo español, remitiéndose por el correo á otro conducto, de manera que no quedan intereses.—En nuestras posiciones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más.—Van publicadas 73 entregas.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATOLICAS.

Relación mensual de la vida de la Iglesia en los países católicos, con láminas y vistas de los lugares que se visitan, con láminas de tamaño real, que con- tiene, para ser colocada en un cuadro.—Al dorar de cada lámina, y á los costados, en un 4.º, explicativo. El precio de cada entrega es de 5 rs. en tomo español, remitiéndose por el correo á otro conducto, de manera que no quedan intereses.—En nuestras posiciones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más.—Van publicadas 73 entregas.

ARMONIAS ENTRE GOZOS Y PESARES,

Ó ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSÉ.

POR D. JOSÉ PALLÉS.

Dos abultados tomos en 4.º, á 57 rs. en pasta; ó 186 entregas á cuartillo de real cada una, dejando á la voluntad del suscriptor el tomar semanalmente las que guste.

LA PASION DEL REDENTOR.

por José Pallés. Obra dedicada al Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Valencia.

Consta de dos tomos en 4.º, con 24 preciosas láminas y una *Vista de Jerusalem*, á 72 rs. en pasta; ó 242 entregas de 8 páginas, á cuartillo de real la entrega.

AÑO DE MARIA,

ó coleccion de noticias históricas, leyendas, ejemplos, meditaciones, exhortaciones y oraciones para honrar á la Virgen santísima en todos los días del año. Por José Pallés.—Obra dedicada á la cristiandad entera.

Constará de seis tomos en 4.º ilustrados cuando menos con 60 láminas.—Cada tomo comprende dos meses.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros días. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *mas de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas.—Van publicadas 73 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros días, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.